

su siglo, deciden en los puntos de la ley, exercen un imperio divino sobre todas las criaturas, se ven elevados al mas alto grado de gloria y de reputacion; y finalmente, son admirados por aquellos mismos caminos que habian de servir de hacerlos despreciables á la vista de los hombres.

Esto sucedió en su siglo á San Francisco de Paula. La virtud de Dios resplandeció en su flaqueza, aquella piedra despreciable fue puesta por cabeza del ángulo, y en el lugar mas magestuoso del edificio; aquella nube obscura, que salió del centro de la tierra, se levantó poco á poco, cubrió el tabernáculo, se hizo una columna de fuego, y sirvió de antorchá á los que estaban sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Apenas se estableció en su amada soledad, y empezó á gustar lo suave que es olvidarse de los hombres, y vivir solamente á la vista de Dios, quando empezó á esparcirse contra su voluntad aquel buen olor de vida por toda la comarca: La fama de su santidad y penitencia conmueve las ciudades cercanas, y se introduce hasta en las Cortes de los Principes; de todas partes va á Silo el pueblo de Dios para consultar al Vidente; y los mismos Soberanos, disfrazados, como en otro tiempo una Reyna de Israel, acuden á su retiro, y quieren saber de la boca de aquel Profeta los designios del cielo para con ellos. Francia, Italia, España y toda la Europa oyen hablar de él: desde lo mas retirado de su soledad llena el mundo con la fama de su nombre, y como su divino Maestro, es llevado desde la obscuridad del desierto al pináculo del Templo, y allí sirve á todo el Universo de espectáculo.

Los Santos, Católicos, siempre han resplandecido de este modo. Son aquellos hijos de la luz, que no obstante no ser tan prudentes como los del siglo en la eleccion de sus caminos, no por eso han dexado de llegar á sus fines con mas seguridad que ellos. No conocian aun el piado-

so arte de introducirse en el espíritu y estimacion de los pueblos. Esta virtud vana, que nada tiene de virtud sino la exterior modestia y la apariencial, no era vicio que reynase aun en sus tiempos: no se les veía que anduviesen en ellos proporcionando ocasiones públicas de fatiga y de misericordia para su zelo: no hacian patente su santidad con mil extraordinarias señales; no se parecían á aquellos falsos Profetas de Israel, que para engañar con mas seguridad la credulidad de los pueblos, y precaver el que dudasen de su don de Profecía, afectaban unas figuras ridiculas, unas inspiraciones repentinas, y unas demostraciones muy diferentes de las de los Profetas del Señor.

Confundid, ¡oh Dios mio! la esperanza de los hipócritas: no permitais que vuestro santo nombre sirva á la iniquidad; maldecid á los que trabajan con engaños en vuestra santa obra, á los que miran la virtud como comercio, y la sencillez de vuestros caminos como medios para conseguir la estimacion y el honor. Distinguid vos mismo las sendas del justo de las del pecador; haced que el desprecio debido á la falsa virtud no recaiga sobre la verdadera; y que vuestros siervos, que no tienen parte con los hipócritas, no participen en el espíritu de vuestros enemigos de sus burlas y su infamia.

Sino obstante la obscuridad de su retiro y de su nombre se vió nuestro Santo expuesto desde luego á la admiracion de los pueblos, tambien puede decirse que el que llama á las cosas que no existen como á las que ya son, sacó en él la luz de las tinieblas, y la ciencia de sus mas sublimes caminos, de la simplicidad y la ignorancia.

¡Qué gloria esta para la fé, Católicos! veo que un solitario simple y sin letras llega de repente á ser guia de los ciegos, luz de los que habitan en las tinieblas, Doctor de los ignorantes, Maestro de los simples y de los niños, y que tiene la regla de la ciencia y de la verdad en la ley. Habla el lenguaje de los hombres y de los Angeles; se ve ensalzado á la dignidad de Profeta; pe-



netra todos los mysterios, posee toda la ciencia, y aquella fé capaz de mudar los montes; es el Samuel de su tiempo, el interprete de las voluntades del Señor para con su pueblo; el restaurador de la doctrina y de la verdad, y el árbitro de la religion y del culto de los Principes.

La misma Roma, mansion del tabernáculo de Israel, desde donde el Señor pronuncia sus oráculos, y adonde va el pueblo á consultar á Dios, halló nuevos recursos en sus doctrinas. Los Principes de los Sacerdotes le embiaron diputados, y le tuvieron por Jeremías, ó por alguno de los Profetas. Sixto IV. le consultó en sus dudas, y le miró como á director y coadjutor en su Pontificado. En aquel tiempo se vió otra vez al Moyses del pueblo escogido, y al Legislador de las Tribus, seguir los consejos de otro Jetro, poco instruido en la ley, y criado en el desierto del Madian.

Qué penetración tuvo de los fines de Dios para con las almas! Los pensamientos del hombre, que como dice San Pablo solamente pueden ser conocidos del espíritu que en él habita, no se ocultaron á la discrecion de su conocimiento. Descubrió los consejos de los corazones, y veía clara y distintamente los abismos de las conciencias, y siendo simple y sencillo, como el Cordero del Apocalypsis, abrió los siete sellos del libro mysterioso, para lo que no hubiera alcanzado toda la habilidad y prudencia de los ancianos.

Pero hoy no se busca esta discrecion de espíritus en los Jueces de las conciencias; no gustamos de que estos sean demasiado doctos; no queremos que conozcan nuestros defectos mas clara y distintamente que nosotros mismos; tememos que estas lámparas resplandecientes, que iluminan los mas oscuros lugares del corazon, nada dexen en ellos por registrar; nos acomodamos mejor con aquellos, cuya flaca luz no alumbra mas que la superficie de las pasiones, y pasa siempre sin examinar los mysterios de iniquidad: en una palabra, queremos unos idolos que

ten-

tengan ojos y no vean; queremos aquellos Directores casi ciegos, que solamente ven á los hombres como árboles, esto es, que no ven mas que las hojas sin descubrir las raíces; y quedamos muy satisfechos de nosotros mismos, quando hemos podido atraer á nuestro partido al Ministro de la reconciliacion; como si su flaqueza pudiera hacer injusto á Dios, ó su ignorancia cegarle para que no vea nuestros delitos semejantes, si es lícito decirlo así, á los Babylonios, gustamos de aquellos Sacerdotes engañadores, que comiendose ellos solos nuestros sacrificios y nuestras iniquidades, nos persauden á que es el Señor quien se las ha comido; y no queremos recurrir á los Danieles inspirados de Dios, que nos manifiesten sus ocultos caminos, que desengañen nuestra credulidad, y nos hagan tocar con las manos la inutilidad de nuestras ofrendas, y el abuso de nuestro culto.

El espíritu de Dios que hablaba en nuestro Santo, no siempre era un viento impetuoso y vehemente que hiciese temblar el cenáculo, y amedrentase á los discipulos; las mas veces era un viento suave y agradable, como del que se habla en la historia del hombre en el estado de la inocencia, destinado á templar el ardor del dia, y á anunciar á nuestros primeros padres la visita y llegada del Criador; y así el corazon de los Principes y de los pueblos estuvo siempre en sus manos, por decirlo así; jamás hubo quien resistiese á su sabiduría, y al espíritu que en él hablaba: infinitos pecadores fueron á expiar á sus pies sus culpables pasiones; infinitos justos vieron tambien allí resucitar la gracia de su vocacion; y sus palabras fueron á un mismo tiempo olor de muerte para la iniquidad, y de vida para la justicia. Fernando Rey de Napoles escuchó á este nuevo Bautista, que en medio de su Corte le reprehendia sus excesos con aquella libertad santa que inspira la fé: admiró la inocencia y sencillez de este solitario milagroso; oyó sus reconvenciones, que siempre quedaban victoriosas por su afabilidad y su agrado; y



movido como David con los caritativos ardides y piadosos artificios de Nathán, fue el primero que pronunció la sentencia contra sí mismo. Bien sé á qué punto llega la delicadeza de los Grandes, y los rayos que salen de esas montañas de vanidad quando se atreven á tocarlas; pero ¡oh Dios mio! los Reyes oirian, y los que juzgan la tierra podrian instruirse, si hubiera Profetas en Israel que se atrevieran á proferir en su presencia vuestra divina palabra: Los Principes no se hallarian tan distantes del Reyno de Jesu-Christo, si los discipulos del Señor supieran despreciar los primeros puestos.

El mismo Padre de las luces que le descubrió los secretos de los corazones, le dió tambien á conocer los futuros sucesos. Los fieles de su tiempo exclamaban con admiracion, diciendo que habia parecido entre ellos un gran Profeta, y que el Señor habia visitado á su pueblo; previó las desgracias de Israel, y la cautividad que amenazaba á Jerusalém; y como el Jeremías de su siglo vió en espíritu salir de Babylonia un Principe infiel, y preparar las cadenas y las llamas con que habia de ser aprisionado el ungido del Señor, y abrasado el Templo y la Ciudad santa. Pero qué pocas disposiciones hallan en nosotros los Profetas de Israel quando no anuncian sino cosas desagradables? Sus profecias fueron tenidas por sueños y cavilaciones; entró Mahometo en Italia, y siendo ya dueño de Otranto, estaba para destruir la heredad del Señor, para colocar la abominacion en el lugar santo, é imponer un infame tributo á la Reyna de las naciones, y Soberana de las Provincias, quando San Francisco de Paula levantaba aún inutilmente sus manos ácia un pueblo lleno de contradiccion é incredulidad.

Pero, Señor, vuestras misericordias siempre son mayores que nuestras miserias; os dexasteis mover de las lágrimas y oraciones de vuestro siervo, y alcanzó de Vos que un Angel invisible atemorizase á Sennacherib, disipase las naciones congregadas, y restituyese la paz y la

alegria á vuestra Iglesia. ¡Ah! ¿No suscitareis, Señor, en nuestros dias algun nuevo Profeta, que pueda tambien alcanzar de Vos el fin de nuestras disensiones y calamidades? ¿No enviareis un Angel exterminador para que disipe á las naciones que quieren la guerra? ¿Habeis de haber entregado á Jacob al saqueo para siempre? ¿Han de haber jurado vuestras Tribus el destruirse mutuamente, y servir á los designios de vuestros enemigos? ¿Habeis de permitir que otro Jeroboám, para mantenerse en su usurpacion, los divida, altere publicamente vuestro culto, y plante una eterna semilla de disension entre Israel y Judá? Es verdad, Señor, que estais castigando nuestras iniquidades; pero si las desgracias de nuestras familias, la sangre de nuestros parientes, los clamores de los pueblos, y la desolacion de las provincias no bastan aun para detener el brazo que nos hiere. ¡Ah! cese, Señor, vuestra ira, por no ver tantas profanaciones inseparables de las guerras, y no vengueis vuestra justicia permitiendo que se multipliquen los delitos en la tierra.

¿Quién pudiera, Católicos, representaros aqui á nuestro Santo, aquel hombre tan penitente y mortificado que apenas se permitia el uso de las mas viles viandas: ¿quién os le pudiera representar, vuelvo á decir, como Soberano de todas las criaturas, árbitro de la vida y de la muerte, mandando á los vientos y al mar, apagando el ímpetu del fuego, cerrando la boca á los leones, venciendo los reynos con la fé, y siendo depositario del poder de Dios en la tierra? Acaso no vió jamás la Iglesia otro espectáculo de fé mas poderoso; la historia de sus prodigios no tiene fin; y aqui es unicamente donde se puede usar del hiperbole del Evangelista, y decir que no cabe su historia en todo el mundo. Caminó como los primeros discipulos sobre las serpientes, sin ser ofendido de ellas; quitó á las bebidas mortales todo su veneno; imprimió aun en su sombra una poderosa fuerza; exhaló una virtud que obraba prodigios en todas partes; consolidó



con su fé las aguas del mar, y sin ser sostenido, como Pedro, con la presencia de Jesu-Christo, le atravesó con mas constancia y seguridad que aquel Apostol: ¿Qué mas diré? Puso su boca en las nubes, segun la expresion del Profeta, é hizo pasar su lengua sobre la tierra; abrió las cataratas del cielo, y alteró, ó restableció las estaciones del año; fue la resurreccion y la vida; dió vista á los ciegos, hizo hablar á los mudos, oír á los sordos, y andar á los cojos; y bienaventurados los que en él no se escandalizaren.

¡Oh Católicos, á qué extremo ha llegado hoy la falsa delicadeza del siglo en orden á los sucesos que tienen señales de prodigios! Se dexa para el simple pueblo la sencillez y el candor; la religion de los que se tienen por instruidos es una religion de especulaciones y dudas, y se hace gala de ser incredulos, como si el Reyno de Dios se alcanzára con el discurso. No es mi intento dar aqui credito á las supersticiones, ni autorizar todas las falsedades que el buen zelo, por falta de instruccion, dexó introducir en los pasados siglos en la historia de nuestros Santos; pero me dá lástima que con pretexto de buen gusto caygan algunos en el libertinage, y que por acostumbrarse á dudar de los hechos indiferentes, lleguen tarde ó temprano á dudar de los necesarios. La sencillez, Señores, es inseparable de la fé christiana; muchas veces es cosa gloriosa el engañarse, por haber querido ser mas religioso y mas docil. Los mayores hombres de la religion han sido sencillos como los niños en las materias de salvacion. Además de que vosotros mismos, Católicos, estais creyendo neciamente contra todas las reglas de la recta razon, que Dios os ha de salvar, teniendo, como teneis, una vida ociosa y mundana, siendo esto imposible, y al mismo tiempo negais vuestra creencia á unos prodigios que le son muy faciles. ¡Ah! ¿Por qué sois tan credulos en un negocio en que todo se aventura, y por qué os habeis de preciar de serlo tampoco en un asunto en que nada se pierde?

Pa-

Para dar los ultimos colores á este elogio sería preciso, despues de haberos manifestado el obscuro nacimiento de nuestro Santo, acompañado de una reputacion tan extraordinaria, su candor y sencillez ensalzados con el don de ciencia y de inteligencia, y su flaqueza y enfermedad hechas tan poderosas, representaros tambien su humildad, recompensada y adornada de gloria y de respetos: le veriais sentado al lado de un gran Pontifice, como en otro tiempo Moysés al lado del Pontifice Aarón, dividiendo con él los cuidados de su Sacerdocio, y el gobierno del pueblo de Dios; le veriais entrar en las juntas de los Ancianos de Israel, y como Daniél, arreglar sus decisiones, y presidir á sus ordenanzas; veriais á los pueblos salir en tropél de la ciudades, recibirle como antiguamente al hijo de David; y rodeado de un aparato tan humilde como el de Jesu-Christo, quando entró en Jerusalém, hallar en todas partes las mismas aclamaciones, y una pompa no menos solemne. Hasta las Cortes de los Principes, que no condescienden facilmente con la santa locura de la Cruz, le tributaron unos respetos que nunca conceden sino á la sabiduría del siglo; y la myteriosa locura de este nuevo David no sirvió de estorvo para que los mismos Reyes de los Filisteos le detuviesen en sus Cortes con todos los honores y distinciones debidas á su virtud.

Porque, Católicos, es preciso confesar aqui que los Ministros del Señor, los verdaderos Santos, aunque sean en algun modo molestos para el mundo, en la realidad no son despreciados. La virtud que es conforme á Jesu-Christo, en qualquiera parte que se halle tiene no sé que nobleza y magestad que se hace apreciable, aun de aquellos mismos que no la quieren imitar. Poco conoce al mundo el que quiere que sus flaquezas y miserias le sirvan de recomendacion para con él; por mas corrompido que parezca, aun conserva la equidad suficiente para pedirnos exemplos de una vida arreglada, y virtudes cor-

res-



respondientes á nuestro estado; y así el medio mas seguro para evitar sus desprecios es no seguir jamás sus máximas.

Por eso quando Luis XI. se sintió herido de la mano de Dios, no fue á buscar un Profeta en su Corte: las virtudes de San Francisco de Paula, y el poder que Dios le comunicaba para honrar su santidad resplandecian en todo el Universo; él es á quien busca el Principe, y así le hace venir de las extremidades de Italia; pero nuestro Santo, manifestandose en la Corte, engañó la esperanza del Soberano, y le dixo con resolucion, como otro Elías: Principe, morireis, y no saldreis de la cama en que os hallais sino para baxar al sepulcro.

¡Qué golpe este para un Principe que amaba la vida! con todo eso oyó temblando aquel fatal decreto. ¡Ah! qué pocas veces sucede que las inquietudes y suspiros de los moribundos no sean mas inquietudes de una alma que se defiende contra la muerte, que verdadero arrepentimiento de su vida pasada! Si entonces se levantan los ojos al cielo, no es mas que para apartar la fatal espada que va a cortar el hilo de nuestra vida; y todas aquellas señales de arrepentimiento que suelen darse en aquel último instante, y que tanto consuelan á los amigos y parientes, por lo comun no son mas que la ultima firma de nuestra sentencia, y la funesta medida de nuestros delitos.

A este viage de S. Francisco de Paula debe el Reyno la fundacion de una Orden, que despues ha sido de tanto honor á la Iglesia y edificacion al público. El candor y austeridad de nuestro Santo y de sus compañeros movió los corazones de los pueblos: nuestras ciudades competian entre sí sobre qual había de conservar dentro de sus muros aquellos Angeles de la tierra: en todas partes se levantaron nuevos edificios destinados á servirlos de asilo: las riquezas de Egipto se emplearon con profusion en edificar estos tabernaculos de Israel; y no pudiendo la Francia disputar á Italia el nacimien-

to de este santo instituto, la disputó á lo menos el amor y el zelo de su aumento.

Bien sé que nosotros hemos heredado en esto el gusto de nuestros Padres; San Francisco de Paula y sus hijos aun son amados de nuestros pueblos, y esta es la devocion dominante en Francia. Pero en qué consiste, Católicos, que con toda nuestra confianza en este Santo estamos nosotros tan distantes de serlo? ¡Ah! consiste en que además de que ceñimos todos nuestros respetos á un culto puramente exterior, y á ciertos ejercicios de devocion que no mortifican nuestras pasiones, recurrimos á él como aquel Rey enfermo, solo quando se trata de alcanzar favores temporales, como la libertad de un peligro que nos amenaza, de una enfermedad que nos consume, de un pesar que nos molesta y acaba, y nada hablamos de las necesidades del alma; no cuidamos de pedir la libertad de una pasion que nos tiraniza, de una enemistad que nos inquieta, de una obstinacion que nos tranquiliza en todo, de mil peligros en que tropezamos, de un natural fragil y resbaladizo que nos hace tan difícil la salvacion.

¡Oh Dios mio! no es el poder de vuestros Santos el que se disminuye, como nos están diciendo todos los días vuestros enemigos, sino que se aumenta la incredulidad en los fieles: Vos, Señor, siempre sois el Padre de las misericordias, y siempre estais dispuesto á oír nuestras súplicas, quando os son presentadas por los ciudadanos de la Jerusalém celestial; pero es preciso que estas súplicas sean dignas de Vos, y tan puras que puedan subir como olor de suavidad hasta el pie de vuestro trono; ¿y con todo eso, Señor, quáles han sido hasta ahora mis oraciones y súplicas? Yo he invocado á vuestros Santos en mi afliccion, es verdad, pero no he esperado de ellos sino unos consuelos terrenos, el buen éxito de algun negocio, la regularidad de la estacion, la vida de alguna persona á quien amaba, el favor de un Grande,



la elevacion de una familia : desde el instante en que me hirió vuestra mano acudí á los Altares , para alcanzar el fin ó la mitigacion de mis penas ; y este ha sido siempre el motivo de mis dones y ofrendas. Muchas veces, no me avergüenzo de confesarlo en vuestra presencia, ¡ oh Dios mio ! muchas veces he intentado que vuestros Santos sirvan á mis iniquidades , y se interesen en mis flaquezas ; que sean protectores de un deseo que os desagrade , de una esperanza que os afrenta , de una amistad que os ofende ; y en vez de ponerlos por intercesores de mi perdon , los he hecho confidentes de mis delitos. Los Santos , Católicos , desprecian estos pecaminosos respetos , y el mejor modo de honrarlos es seguir las huellas que nos dexaron señaladas en los caminos de la justicia , las que nos guiarán como á ellos á la feliz inmortalidad. Amen.



## SERMÓN PARA EL DIA DE SAN BENITO.

*Fide Noe , responso accepto de iis quæ adhuc non videbantur , metuens aptavit arcam in salutem domus suæ , per quam damnavit mundum.*

La fé de Noé le hizo , que habiendo sabido por divina revelacion lo que habia de suceder , y temiendo lo que todavia no veía , edificase una Arca para salvar á los suyos , y de este modo condenó al mundo. Heb. 11. v. 7.

**L**uego que el cielo dió aviso á Moysés de la sentencia que determinaba el Señor pronunciar contra los hombres , aunque estaba todavia distante del tiempo de la venganza , le tuvo este Santo Patriarca por llegado , digamoslo asi ; y el mismo dia en que conoció que todo se habia de acabar presto , fue para él como el fin de todas las criaturas. Desde aquel instante todo le pareció error y vanidad entre los hombres ; pensando siempre en aquel dia de indignacion , que habia de exterminar toda carne , miraba los placeres y disoluciones á que entonces se entregaban los hombres con tanto exceso , como la risa de aquellos freneticos , que ignorando el proximo peligro que los amenaza son dignos de nuestra compasion y lágrimas. Desde entonces , sin atender al exemplo de la multitud , no pensó mas que en tomar medidas para no ser comprendido en la comun maldicion , y no contento con trabajar en su seguridad , edificó un asilo en que poder conser-